

calumnias y demas tormentos con que intente castigar un monstruo de ese género las más inocentes entrevistas.

—Sí— se dejó decir Bibulo— Fortunata es en extremo celosa.

Silia le arrojó una mirada de compasion que casi equivalia al desprecio, y añadió:

—¿Celosa, dices? de tu libertad, sí lo creo; que lo que es de tu persona y de tu amor, eso me parece bastante difícil, despues de hacer ya mucho tiempo que suele con frecuencia consolarse de tus abandonos.

Bíbulo se mordió los labios y se apresuró á decir:

— Dejemos á Fortunata y hablemos de nosotros.

— Tienes razon, habla pues. ¿Qué quieres decirme?

— Pues... lo que te he dicho tantas veces.

c. 24). Se las consideraba unas divinidades terribles y como maldiciones y execraciones personificadas; y según Homero habitaban en el Erebo, río del infierno. Los griegos las llamaban Erinias y Euménides. Algunos han explicado que su única misión era castigar á los hijos que faltasen al respeto á sus padres, sin duda por lo que persiguieron á Orestes. Hesiodo dice que fueron hijas de Saturno y de la Tierra; las llama Erynias, y asegura que cuando Júpiter cortó á Saturno las partes de la generación, cayeron algunas gotas de sangre sobre la tierra y de allí vinieron á engendrarse estas furias (*Hesiodo, 1.º de imag.*). Pero Ciceron afirma que la mayor parte de lo que se dice de ellas es fabuloso. (*Cic., 1.º 2 de leg.*)— (*N. del T.*)

—Y siempre obtendrás de mí la misma respuesta.

—Pero ¿tú crees, Silia, que mis ofertas sean tan estériles?

—¿Tú pretendes comprarme? yo te lo agradezco Bibulo; pero no soy una mercancía.

—Nunca te he visto tan irónica, Silia, y mis presentes parecían agradarte.

—Todos tus regalos están conservados en un cofre para devolvértelos el día en que me formules por ello el menor reproche.

—Ah, yo te juro por los dioses que no incurriré en tan fea culpa, pero se me figura que me odias, Silia.

—Odiarte, Bibulo!—exclamó Silia en tono casi cariñoso—¿Estás acostumbrado acaso á verte odiado por las mujeres? No ciertamente.

Esta nueva adulacion envaneció extraordinariamente á Bibulo y Silia continuó:

—Ah! Demasiado persuadido estás tú de lo contrario y quizás sea esto lo que más temor me causa. Si tú fueras pobre ¿quién sabe?... mientras más modesta fuese la fortuna que me ofrecieras, más pruebas tendria yo de que sacrificabas algo á mi amor, como, por ejemplo, tu felicidad y tu independencia. Pero al ofrecerme diez talentos de oro, ó mil, ¿qué me

probarás con eso? que eres sobradamente rico para poderlo hacer. El que á un mendigo da un pedazo de su opulento manto de púrpura bordado de oro, da ciertamente más que aquel que le entrega todo entero su modesto manto de lana; y sin embargo, éste último demuestra que tiene un corazón infinitamente más sentimental y humanitario, pues que se despoja de todo cuanto posee. Por tanto, ya te lo he dicho, tus dádivas y tus ofertas no pueden probarme más sino que eres inmensamente rico.

—Y también el estar tan locamente enamorado de tí como para elevarlas á una cuantía y á una importancia que quizás excediera á todos tus cálculos.

—Oh!... —exclamó Silia con irónica sonrisa— eso te acarrearía un terrible conflicto indudablemente. No, Bibulo; puesto que te parezco bella, podrás contemplarme gratuitamente, porque, de lo contrario, sería muy posible que Fortunata te saltase los ojos si te permitías disponer de un sextercio sin su consentimiento, y yo no quiero ser responsable de esa mutilación que te impediría admirar mi hermosura.

Silia decía la verdad, y aunque Bibulo lo conociese así en el fuero interno de su conciencia, no obstante su dignidad no le permitía confesarlo.

—Fortunata no ha podido impedirme que diese las espléndidas fiestas que se han celebrado hoy en el Circo.

—¿Cómo había de impedírtelo cuando no sólo te lo ha permitido, sino que ha sido ella misma la que las ha pagado por su propia mano?

—Quién se ha atrevido á decir eso? —exclamó Bibulo en un arranque de cólera.

—Quien ha podido ser testigo de que ella misma se jactaba de ello; y además, ese Gnaton, su favorito, á quien el contratista de los juegos pone de su parte gratificándole con el diezmo de lo que tú le pagas.

—Gnaton..... ese infame..... ¡ah! si yo tuviese prueba de ello.....

Bibulo no añadió una palabra más y después de un intervalo de silencio dijo:

—Pero ¿á qué viene el ocuparnos sin cesar de Fortunata? Dejémosla en paz, puesto que ella no se mezcla para nada en mis asuntos. Hablemos de nosotros: sé franca conmigo, Silia; dime que me amas y prométeme que me preferirás á ese insolente Fausto.

—¡Fausto! —exclamó vivamente Silia.— ¡Ah! está tan orgulloso y envanecido con su belleza, que se considera dueño y señor de todos los corazones y con méritos para obtener los favores de todas las damas con

sólo dirigirles la palabra. Yo te juro, sin embargo, que nada tienes que temer de semejante rival.

—No obstante, él te ama.

—Me es indiferente. Pero creo que en efecto siente por mí un amor verdadero. Sí: debe ser una pasión violenta en alto grado, cuando le ha impulsado á cometer una acción por todo extremo culpable.

—¿Qué ha hecho?

—Ha solicitado que Silano me repudie.

—¡Fausto! ¿Y con qué proyectos?

—Quería, según me dijo, ponerme en condiciones de que pudiera interesarme en el ofrecimiento de su mano, ya que su amor me era indiferente.

—¡Pretendía hacerte su esposa!...

—Es un loco. No ha tenido en cuenta que su preclaro nombre no puede igualarse al de Silano, y ha olvidado también que á pesar de toda la nobleza de la familia de los Faustos, está mucho más alta la alcurnia y el rango de la de los Cornelios, á la cual pertenezco.

Silia habitando sola en Nemausus, lejos de su esposo y llevando una vida que, según se murmuraba, no estaba exenta de censuras, había hecho olvidar la distinción y alteza de su raza y de su nombre; pero ella intencionalmente hacia en aquel momento alarde de su origen, para que á

Bibulo no causase extrañeza la proposición de un hombre tan honorable como Fausto, y para que al mismo tiempo sintiese el despecho y la vergüenza que debía producirle la íntima y mental comparación que hiciese con el oscuro nacimiento y vulgares maneras de Fortunata.

—¿Y tú no consentirías en ser la esposa de Fausto si fueras libre?

—Yo no sería esposa de un hombre á quien no amase.

—¿Y si nosotros dos fuésemos libres? añadió Bibulo.

Silia afectó impresionarse; pero en el acto, haciendo asomar á sus labios una ligera sonrisa, dijo:

—Ni tú ni yo lo somos; ¿á qué hemos, pues, de soñar con proyectos que turbarían mi sosiego más que el tuyo?

Y diciendo estas palabras se levantó.

—Silia — exclamó Bibulo — pronuncia una sola palabra y yo te juro.....

—Basta — le interrumpió Silia — no hablemos más de esto. ¿Por ventura se resuelve así en un momento de entusiasmo sobre la suerte y el futuro destino de las personas?

—Ese ha sido siempre mi sistema.

—¡Oh! pues yo soy más prudente y necesito algún tiempo para decidir de la mía.

—Silia — insistió Bibulo — si asistes hoy

al festin que yo ofrezco á los más nobles personajes de Nemausus, adorna tu cabeza con una corona de flores de aciano y yo comprenderé entónces que.....

—¡Ah! yo no iré á tu casa, Bibulo: yo ódio en extremo á Fortunata y amo lo bastante..... ¡No sé lo que me digo! Por lo demas, conozco perfectamente tu opulencia y tu esplendidez, y me figuro todo lo brillante que debe estar esa fiesta en la cual de seguro habia yo de sufrir tormentos que deseo evitarme, ó sucumbiria á sus efectos; prefiero, pues, no asistir á ella.

—Puedes ir sin temor ninguno.

—No Bibulo: Semele fué abrasada (1)

(1) Semele, hija de Cadmo el fundador de la antigua Tebas (*Ceueal. deomni—Orph. in Hijum de Baco*) fué mujer de rara hermosura é inspiró un vehemente amor á Acteon; pero Diana, celosa, hizo que sus perros devorasen al infortunado amante. Despues de la muerte de Acteon se enamoró de ella Júpiter, lo cual entendió Juno, quien, para vengarse, bajó del cielo y púsose en figura de vejezuela (*Fray Balt. de Vitor, lib. i, San Fulg., lib. ii de Mythol.*) Fuese Juno á casa de Semele, dice aquel autor, y haciéndote una grande arenga, le dijo que amores de tanta estima y autoridad, seria bien se manifestasen en honras de su linaje y que así pidiese á Júpiter que siguiera una vez bajase á entretenerse con ella, no como hombre humano segun otras veces venia, sino con toda la majestad de su grandeza. Semele lo pidió así á Júpiter, obligándolo primero con el juramento de la Laguna Estigio, y cuando éste vino á gozar de sus amores con todo el esplendor de su divinidad y de su gloria, en llegando á ella la abrasó en vivas llamas con el fuego de sus rayos y resplandores, y como estuviese preñada, la abrió y le sacó el niño, que oculto en una herida que se hizo en el

por haber querido ver á Júpiter en la plenitud de su divinidad y de su gloria, y el contemplarle así no está permitido más que á Juno, su esposa.

—Pues bien, la plaza de Juno está vacante en mi Olimpo. ¿Vendrás?

—Si llevo á entrar una vez en él, no consentiré en salir jamas.

—Pues bien: vé á tomar posesion de tu imperio.

—Si me faltase, lo lloraria amargamente.

—Yo te juro por Júpiter que lo has conquistado.

—Iré, pues; pero nada más que para no dar lugar á comentarios con motivo de mi ausencia y para humillar á Fausto. Porque escucha, Bibulo, yo bien sé, y te lo digo con franqueza, que todo lo que acabamos de hablar no son más que vanas palabras y proyectos ilusorios; pero yo te lo ruego: véame yo lisonjeada por tu amor, y vea ese vanidoso Fausto que soy amada por quien es superior á él en todas las cualidades que pueden distinguir á un hombre: la fortuna, el poder, el valor y el talento. Esto será quizás una pequeña venganza de

muslo porque no era el tiempo que se requiere para poder vivir la criatura. (*Ovid., lib. iii y Natal Comite, lib. v de Mythol, cap. 14.*) Ese niño fué el dios Baco, que sacó á su madre de los infernos y logró que fuese admitida en el olimpo con el nombre de Tione.—(*N. del T.*)

mujer, pero tú que tanto conoces á las de mi sexo, podrás comprenderme.

Y sin esperar la respuesta de Bibulo, se alejó dirigiéndole una coqueta sonrisa y una intencionada mirada, despues de haberle abandonado su mano, que él cubria de besos, y que ella retiró al fin, dejando escapar un suspiro que demostraba elocuentemente su emocion.

Bibulo salió fascinado.

Ciertamente que las artes y las maneras de Silia hubieran sido más que suficientes para arrebatar al Duunviro hasta el extremo de hacerle tomar una resolucion tan importante como la de repudiar á Fortunata, si ya de mucho tiempo atras no lo hubiera ido familiarizando á esta idea, y si por otra parte la misma Fortunata no hubiese dado lugar aquel mismo dia á que con motivo justo Bibulo hubiera ya decidido separarse de su esposa en ocasion oportuna.

Veamos lo que habia ocurrido.

Nuestros lectores no habrán olvidado al tal Asclytio, al arrogante gladiador que habia salvado la vida, merced á la intercesion de Chrysis. Su varonil belleza habia seducido y excitado los deseos de algunas nobles damas, y Fortunata era entre todas ellas la que más apetito sentia por la hermosura del gladiador. Este fué avisado por

medio de un mensaje comunicado por la esclava confidente que era en aquella época parte integrante é indispensable de la servidumbre de una dama romana. Pero entonces, como hoy, la discrecion que se paga no necesita sino un comprador más espléndido para convertirse en traicion, y Psychea, la esclava de Fortunata, no daba curso jamas á sus secretas misivas sino despues de haberlas confiado al Duunviro, quien por lo comun dejaba que sucedieran las cosas sin afectarle gran pena la poca virtud de su esposa, lo cual le dejaba en cierta libertad é independencia.

Séase que la invitacion dirigida por Fortunata al gladiador diese al traste con la paciencia de Bibulo; séase que Psychea, proyectando altas miras con el repudio de Fortunata, hubiera excitado la cólera del Duunviro con la destreza necesaria para que éste se aprestase á una venganza, ó séase lo que se quiera, lo cierto es que el esposo habia ordenado á la esclava que cumpliese su embajada, prometiéndose á sí mismo con los más terribles y solemnes juramentos darse reparacion de este último ultraje.

Psychea, pues, habia salido del palacio de Bibulo envuelta en un espeso manto, llegando á la hosteria donde se hospedaba Asclytio con su amo. La esclava hizo

que le llamasen, y llevándole á sitio reservado le preguntó si queria conceder un rato de solaz á una dama que se habia prendado de su persona.

Las formas con que fué comunicado y acogido ese mensaje merecen reseñarse, porque no es sin alguna sorpresa como encontramos las mismas costumbres de nuestro siglo XVIII, y con sus más vivos colores, en aquellos tiempos de licencia, lo cual es una prueba de que toda disolucion conduce á idénticos resultados en lo moral y material.

—¿Quién es esa dama—preguntó Asclytio—que no tiene reparo en hacer semejante proposicion á un gladiador?

—Precisamente—respondió Psychea—ese ejercicio es lo que constituye tu principal mérito. Hay mujeres de inclinaciones extravagantes, para quienes el amor no tiene atractivos mientras no se ofrece á ellas bajo la figura de un esclavo, de un gladiador, de un atleta, de un cómico ó de un cochero. Mi dueña es una de esas mujeres; el donaire y la gentileza de los nobles que se colocan en los espectáculos alrededor de la orquesta, no incitan sus miradas, y sólo en las extremidades del anfiteatro ó en el centro de la arena es donde encuentra lo que la seduce y halaga.

—¿De quién me hablas, pues; de la mu-

jer de un artesano ó de tí misma?—dijo Asclytio.

—¿De mí?—exclamó Psychea con menosprecio—te equivocas si tal has llegado á sospechar: yo necesito amantes más ilustres, porque no quiero que mis favores sean recordados ningun dia sobre una cruz (1). Este es un gusto que pertenece sólo á las nobles patricias. Quizás la causa de eso sea que por el mucho uso que hacen del amor necesiten extravagantes sensaciones; pero no me explico qué ilusion pueda causarles, ni qué placer pueda producir el dar sus caricias y entregar su belleza á un miserable gladiador cuyos músculos presentan todavia, tal vez, las señales de haber sido afrentados con el látigo. Para que á mí me agrade un hombre, es necesario que lleve al ménos el noble anillo de los caballeros.

—Ya lo creo—exclamó Asclytio—como que es de oro.

—¡Ah!—añadió Psychea sin hacer méritos de aquel epigrama—habia olvidado decirte que á mi proposicion acompaña esta bolsa.

—¿A dónde debo ir, y á qué hora?

—A la tercera hora de la noche debe-

(1) En aquella época la cruz era el instrumento para el suplicio público de los criminales sentenciados á muerte.—(N. del T.)

rás encontrarte en las cercanías del templo de Diana: yo estaré allí y te serviré de guía.

A los pocos momentos de haberse separado Psychea de Asclytio, fueron á decir á éste que le buscaba un anciano, el cual le condujo á la habitacion más apartada de la casa, y cuando estuvieron á solas, se descubrió la cabeza, que habia tenido cuidadosamente cubierta hasta aquel instante con una punta de su manto, á fin de ocultar á todas las miradas los rasgos de su fisonomía.

Al verse en presencia de aquel hombre, Asclytio quedó inmóvil é inmutado, y el anciano exclamó:

—La palidez de tu rostro me dice bien claramente que me has reconocido; pero al mismo tiempo me anuncia que no voy á encontrar quizás al hombre á quien vengo buscando, creyéndole indignado del infame ejercicio á que le ha reducido su esclavitud, y dispuesto á toda empresa que lo conduzca á su independencia y á su libertad.

Asclytio inclinó la cabeza, y la palidez de su semblante se trocó en un rojo encendido.

—Vintex—le dijo—cuando nos hemos encontrado en Tolosa en ocasion que acababa yo de haber sido hecho prisionero en

los montes del Pirineo, yo ardia aún en los deseos de esa libertad salvaje que allí gozábamos. La idea de tener que obedecer á un dueño me sublevaba, porque yo ignoraba qué cosa era la esclavitud. Tú mismo hiciste de ella una pintura odiosa, y yo entónces te prometí cuanto quisiste, porque te habia creído. Pero las desdichas con que tú me amenazabas no han venido sobre mí: el dueño mio me alimenta con abundantes manjares, me hospeda en las mejores hosterías de las ciudades que recorremos, y algunas veces en los mismos palacios de los señores que costean y ofrecen al pueblo los espectáculos del Circo; estoy vestido con magnificencia, me acompañan toda clase de comodidades y placeres, y finalmente, soy objeto del deseo de las más nobles patricias que me tributan sus aplausos durante el día y se me entregan en sus lechos durante la noche. A este precio y por tales recompensas combatí en el Circo, no tan frecuentemente ni con tantos riesgos como lo hacía todos los días en las montañas para conquistar un miserable pedazo de pan y un hediondo asilo en una húmeda caverna.

Vintex permaneció mudo contemplando tristemente á Asclytio, y reconoció que aquel joven gallardo, noble y arrogante que habia conocido en Tolosa, se habia

dejado corromper por su condicion de esclavitud, como una jóven doncella cubierta de pudor marcha luégo resueltamente por el camino de la prostitucion. Porque la prostitucion daba entónces, lo mismo que desgraciadamente da hoy en el órden material, lo que no da la virtud. El anciano comprendió que ya no conseguiria nada de aquel hombre excitando en su alma, como otras veces, la idea de sentimientos nobles y generosos, sino excitando sus nuevas pasiones. Así, demostrando conformarse con sus gustos y deseos, prorumpió:

—Tienes razon, Asclytio: todas esas ventajas son dignas de ser consideradas y estimadas; pero tú no las posees y disfrutas sino de una manera muy precaria é insegura, puesto que están á merced del dedo pulgar de una mujer, y si hoy mismo yo no hubiera impulsado á una jóven para interceder por tu vida, no estarias celebrándolas en este momento cual lo acabas de hacer.

—Ya lo sé—dijo Asclytio—y bien te he reconocido cuando gritabas. Aunque tu voz no haya sido escuchada por muchas personas, llegó hasta mis oidos en medio del Circo, porque el que espera por instantes la muerte de la espada que ve levantada sobre su cabeza, se apodera con

avidez del más tenue murmullo que pueda llevarle una esperanza. En fin, despues de todo, siempre me tendrás dispuesto á obedecerte, si no con la misma fe, al ménos con igual decision y valor.

Vintex consideró que no debía fiar solamente en este arranque de generosidad ó gratitud que la menor circunstancia podria contrariar, y se apresuró á responder:

—Yo tengo la seguridad de encontrarte siempre digno de la estimacion que mereces, y no creas que vengo á pedirte que sirvas nuestros proyectos para que vuelvas á tu anterior estado de pobreza y escasez, sino para que asegures y afirmes, en el goce de tu libertad, esos bienes y esas comodidades que tan dulces y preciadas te son, áun en la misma esclavitud. ¿Crees por ventura, Asclytio, que podrán ser olvidados por nosotros los servicios de los que nos ayuden á levantar el yugo de la tiranía? Una gran parte de las riquezas de Neron y de sus favoritos será la recompensa de tales servicios. ¿No encuentras mucho mejor poseer por tí mismo los ricos trajes que hoy vistes, mandar como dueño y señor á la faz del dia en la misma casa donde entras por la noche furtivamente como un ladron, y enviar tus mensajes amorosos á la persona que te

inspire tu deseo, en vez de esperarlos de mujeres desconocidas?

Asclytio se sonrió al escuchar estas palabras y respondióle en voz baja:

—¿Y cuándo ha de ser la ejecución de tus proyectos?

—Esta noche á la hora sexta. Una espléndida fiesta ha de tener ántes lugar en el palacio del Duunviro, donde es preciso que te introduzcas acompañado de todos tus camaradas. La embriaguez de los licores habrá tenido tiempo de pasar de los señores á los esclavos: encadenad á éstos y apoderaos de los otros, y una vez que estén Bíbulo y Marcio en vuestro poder, yo me encargo de los demas.

—Pero ten presente que hay una legion entera acampada á las puertas de Nemausus, y que apénas puedo yo reunir y responder de unos doscientos hombres.

—Yo sabré paralizar los esfuerzos de esa legion.

—¿Debo ahogar á Fausto en el festin?

—Guárdate bien de tocar ni á uno sólo de sus cabellos si allí le encuentras, y déjale en completa libertad.

—¿Está ganado por tí?

—Lo estará, yo te lo juro, cuando sea la hora convenida.

—En ese caso, nada puede impedir nuestro triunfo.

—Sólo tu negligencia, Asclytio. Lo que te recomiendo sobre todo es la exactitud y la puntualidad. No retardes, pues, la ejecución de tu consigna: bien sabes que por haber dormido demasiado los conspirados que debian sorprender á Augusto en el Capitolio, no lo encontraron allí cuando fueron á buscarlo.

—Yo tengo en qué entretener mi sueño hasta la hora fijada—respondió Asclytio.

—¿Qué piensas hacer pues?

—Elegir, quizás, la casa de la cual haya de ser propietario.

Después de esta conversacion se separaron, y Vintex tomó el camino de la posada donde se alojaba.

IV.

Próxima ya la hora del festin que debia celebrarse en la residencia de Bíbulo, Eumolpe recomendaba á Cneyo que debia marchar, y áun se ofrecia con la mayor solicitud para acompañarle, siendo de ver y llamando la atencion del jóven la diligencia que mostraba el poeta por presentarse á recibir los azotes que le habian tocado en suerte, debidos á la munificencia del Duunviro.

Cneyo no pudo ménos de manifestar al griego su extrañeza; pero Eumolpe, cuya